

que Dios tendrá piedad de mí por lo menos; de mí, que he hecho todos los esfuerzos imaginables para salvar á Jesús.

— ¡Y nada más harás para conseguir la libertad del inocente?

— ¡Oh! sí. Estoy dispuesta á luchar hasta el último esfuerzo: de este modo, si el crimen infinito se comete, no será porque yo no haya hecho lo posible por mi parte para evitarlo.

— Bien, Claudia; eres verdaderamente un alma generosa y buena. ¿Por qué fatal destino se empeña Pilatos en no escuchar tu voz?

Poco después se despedían el centurion y la matrona. Aquel decía á esta:

— Confía en mí, amiga mía.

— Dios te lo pague, Cornelio.

El centurion, visiblemente afectado, salió de aquella estancia, pensando en si era posible que Jesucristo fuese Dios, y en que Dios se viera tan horriblemente maltratado, y deseando una manifestacion de la divinidad para creer en el Redentor.

Claudia, que ya no dudaba, quedóse llorando el crimen de su esposo, y el martirio del Hijo del Eterno, y de su Madre inmaculada.

CAPITULO IV.

La flagelacion.

Mientras tanto, en el atrio del pretorio representábase una escena de verdadero horror. El corazón se juzga anadado al considerarla; el vértigo se apodera de la mente del cristiano pretendiendo recordarla, y el pobre escritor no sabe qué ideas ni qué palabras emplear para describirla, porque no tiene ideas la mente ni palabras el lenguaje humano, para llevar á cabo la descripción del cuadro lastimero que aquí empieza.

Yo quisiera pasarla por alto, pero no puedo; debo pintar la escena de la flagelacion, y con todo y estar poseido siempre del sentimiento de mi ignorancia, nunca, jamás me habia considerado tan ignorante como en este momento; nunca, jamás me habia reconocido tan impotente como en este instante. Virgen dolorida, Corredentora mia, tú que sabes cuánta verdad se encierra en lo que digo; tú que conoces los temores que en este instante me agitan; tú que ves cuán plenamente convencido me hallo de mi impotencia y de mi ignorancia, ten piedad de mí; inspírame, dulce señora mía, porque de otro modo, ¿qué podrá decir del martirio de tu Hijo divino, el pobre ignorante, el escritor impotente, que solo está animado por el deseo de hacerte amar de los hombres? Por la memoria de las tres horas de agonía de Jesús te ruego que me asistas, que no me aban-

dones, que me inspires en este momento supremo y crítico para mí.

Era el momento en que el jefe de los lictores, precedido de Jesucristo, acababa de penetrar en el atrio del pretorio. En una mano llevaba la fatal sentencia, y con la otra sostenía un fajo de varas que apoyaba sobre el hombro, de la misma manera que los soldados llevan el fusil en nuestros días.

La humanidad de la noble Víctima se estremecía de vez en cuando, al considerar el terrible martirio que le esperaba, pero en su rostro había una expresión celestial de resignación infinita. El cuerpo temía el tormento, el alma ofrecíalo alegre al Eterno por la expiación de los pecados del mundo, y el divino corazón decía ternuras á los mortales amados, por quienes iba á sacrificarse espontáneamente.

Los soldados rodearon al lictor y á Jesucristo con un afán indefinible; con el afán con que los cachorros del tigre rodean la presa sangrienta que su madre les acaba de traer. Estaban deseosos de verter la sangre del Hijo de Dios; estaban deseosos de atormentarle sin piedad; estaban deseosos de ver como se retorcia, y se quejaba, y exhalaba ayes lastimeros, en fuerza del espantoso y cruel suplicio de los azotes. Sobre todo, Onkelos llevaba hasta el frenesí los deseos que á los soldados animaban. Hubiera deseado lavarse las manos con la sangre de las entrañas de Jesucristo: hubiera deseado abrirle él mismo las entrañas con sus propias uñas, y entonces su ferocidad llegara tal vez al extremo de llenar una copa con aquella divina sangre y beberla sin respirar... ¡Oh!... ¿Sabía acaso lo que deseaba el maldito fariseo?... Los vapores inferna-

les de la venganza habíanle subido á la cabeza, estaba ébrio, pero con aquella embriaguez que solo han conocido en el mundo despues de Onkelos, sus camaradas Caifás, Anás y Eleazar.

No pretendemos describir el estado del fariseo, porque sobre ser inútil, sería para nosotros cosa imposible: Satanás lo haría á perfección, pero los hombres no, aunque les inspirara el mismo que inspiraba al rabioso enemigo de Cristo.

Dejemos, pues, las descripciones á un lado, y procuremos concretarnos á referir algunos de los episodios de tan salvaje y criminal escena.

—¿Qué hay?—preguntaron al lictor los soldados del imperio, con la ruda y salvaje franqueza que les distinguía.

—Una sentencia de azotes:—contestó el lictor.

—¿Y es este el que debe ser acariciado por nuestras varas?—dijeron algunos cogiendo á Jesucristo por las santas vestiduras, y zarandeándole.

—¿Quién, pues?

—Entonces vengan las varas, y manos á la obra:—exclamaron otros, escupiendo en su manos, y despues frotándose las muy aprisa en señal del regocijo que iba á depararles la escena de la flagelación.

Onkelos estaba mudo. Era tanto su gozo; era tanta su alegría; era tan grande su frenesí, que no encontraba una palabra para dar á entender el estado de su alma.

Poco duró esta especie de parasismo al fariseo, pues algunos momentos transcurridos, abrióse violentamente paso por entre los soldados, y sonriendo con una sonrisa inconfundible, por la cual se derramaba toda la ponzoña de su alma pervertida, dijo á Jesús:

—¡Mírame!

Jesucristo no levantó ni la cabeza que tenía mansamente inclinada, ni los ojos que los tenía humildemente puestos en tierra.

El infucio fariseo cogió entonces con la mano izquierda la sacratísima barba del Salvador, y con el puño cerrado, asestóle un tremendo golpe con la derecha, debajo de las divinas quijadas. Y obligando al Redentor á tener erguida la cabeza, repitió con mas encono:

— ¡Mírame! ¿Me conoces?

Jesucristo no se resistía, pero continuaba conservando los ojos humildemente inclinados, sin complacer los deseos del maldito, del frenético, del calenturiento fariseo.

Este, viendo que no conseguía nada, con todas sus fuerzas descargó sobre las amoratadas mejillas del Salvador dos bofetones, que resonaron por todo el anchuroso espacio del atrio, y guturó:

— ¿Me conoces ahora?... Yo soy aquel que te ha jurado una guerra de exterminio; yo soy el alma de las iras que bramaban en la plaza, enfurecidas contra tí; Caifás y su suegro son tan solo los brazos de Onkelos... ¡Mírame!... ¿Me conoces ahora?...

Y diciendo y repitiendo estas infucas frases, maltrataba con verdadero frenesí al Redentor de los hombres, dándole con el pié, abofeteándole, y arrancando del divino rostro las finas hebras de la rubia barba del Señor.

Jesucristo se mostraba siempre resignado á todos estos tratamientos tan crueles, y en vez de exhalar ayes, ó de reprender al desatentado y furioso Onkelos, rogaba al Eterno por la salvacion del desgraciado criminal, que de una manera tan indigna ensañábase en la divina humanidad de Jesucristo.

Los soldados de Roma hubieron de poner término al ira-

cundo desahogo del malvado fariseo, porque de no ser así, ó las fuerzas se le acabaran al criminal judío, ó allí acabara la vida del Redentor, no pudiendo resistir por mas tiempo á los golpes que recibiera.

— ¡Basta!—le dijeron los soldados, apartándole de allí con un movimiento brusco.

—Dejad que me desahogue. ¿No decís vosotros que la venganza es el manjar predilecto de los dioses?—exclamó Onkelos con verdadera desesperacion.

—Los dioses no rezan contigo, judío!—obtuvo por contestacion, contestacion que fue acompañada de un empujon, que uno de los soldados arrimó con indomable fuerza al enfurecido Onkelos.

Mientras tanto otros soldados decian:

—Nuestra parte ha de cabernos tambien en el festin. Pues qué, ¿no hemos nosotros de regocijarnos?

— ¡Anda!...—exclamó un pretoriano dando un empujon á Jesucristo, que le hizo caer de bruces y aplomado sobre el mármoleo pavimento.

Y de nuevo percibióse el sordo ruido que produce el choque de una cabeza humana, cuando da con fuerza sobre un cuerpo duro; y de nuevo la preciosa sangre del divino rostro, de aquel rostro que los ángeles adoran, de aquel rostro que habia recibido tan blandos besos de los labios regalados de María, tiñó el suelo y corrió por tierra.

El divino mártir exhaló un suspiro, que fue acompañado de una carcajada general.

— ¡Levántate!—gritaron los soldados, á quienes aquella cruel escena les divertia sobremanera.

— ¡Lictor, las varas!—exclamaban otros, para quienes se hacian siglos los momentos que pasaban sin empezar la flagelacion.

— ¡Valientes! — guturó Onkelos; — ¡ahí vá eso!

Y arrojó á los soldados una bolsa llena de monedas, que el decurion apresuróse á recoger, para repartirlas despues entre los pretorianos.

Los soldados miraron de reojo al decurion, dedicaron á Onkelos una semisonrisa, y luego cayeron como una tromba sobre Jesucristo, que permanecia aun caído y tendido cuan largo era, sobre las baldosas marmóreas del pavimento.

Uno de ellos cogió por las divinas barbas al Redentor del mundo, y de esta manera le arrastró hasta llegar al pié de una de las columnas, que sostenia uno de los arcos, de que el atrio se hallaba rodeado. En llegando allí dejó caer de improviso la cabeza de Jesús, y otra vez dió con fuerza el divino rostro sobre el duro pavimento, tiñéndolo de sangre. El Hijo humanado de Dios se hallaba horriblemente mutilado, y del todo era desconocido su hermoso semblante.

Los fieros verdugos no por eso se ablandaron; no por eso sintiéronse movidos á piedad. Léjos de ello, así como el ébrio, cuanto mayor es su embriaguez tanto mas afan demuestra por beber, aquellos verdugos desalmados, cuanto mas veian sufrir al Cristo, tanto mas frenesí demostraban por aumentar el número y la intensidad de los tórnentos de que le hacian objeto.

Una respiracion fatigada que salia por los labios de Jesús, era lo único que les demostraba que no era su Víctima insensible, y la resignacion y la conformidad con que recibia tan duros tratamientos sin quejarse, ensañaba contra él á los sayones, que deseaban arrancar al Salvador un quejido al menos. Pero todo era inútil. Jesucristo padecia para redimirnos, y sus martirios eran voluntarios: la imponderable grandeza de su amor le sostenia, le animaba, le daba las fuerzas que al mas santo faltaran.

Y llegó la hora fatal.

Los verdugos obligáronle á ponerse en pié, y mientras que el lictor distribuía los instrumentos de la cruel flagelacion, algunos soldados con tanta fiereza como desvergüenza desnudaban al divino Mártir de todas sus modestas vestiduras, hasta dejarle sin la menor prenda de ropa, para cubrir su desnudez. La túnica interior era de lana y se hallaba pegada á las heridas, que abrieran en el cuerpo del Mesías los tormentos y las crueldades de que hasta entonces fuera objeto. Los pretorianos arrancáronle á tirones esta túnica, que rasgaba las carnes del Señor, que se llevaba dolorosamente la piel de sus llagas, que abria de nuevo las heridas de que la divina humanidad llena estaba.

Aquel cuerpo, tan hermoso antes, parecia una fuente de sangre. Esta sangre llegaba á tierra, corria por el empedrado... El aspecto de Jesús era capaz de inspirar compasion á las mismas losas del pavimento, y sin embargo, léjos de excitar la piedad de sus verdugos, excitaba la saña que devorándoles estaba el alma.

Uno de los soldados acercó de un empujón la divina Víctima á la columna, mientras que otro cruzando una cuerda por encima de las piernas del Salvador, amarrábale á ella tan estrechamente, que el Cristo habia de guardar una posicion por demás incómoda, violenta y dolorosa. Otro verdugo hizo tomar á los divinos brazos una actitud como si abrazara á la columna, y entonces amarróseles fuertemente por medio de otra cuerda, y como los brazos se los ataron á cosa de tres palmos de los piés, el cuerpo del Redentor, con esta actitud penosa y cruel hasta el extremo, sufría lo que los mismos ángeles no pueden encarecer.

En aquel momento supremo levantó los ojos al cielo, y

dando una grande voz, voz por la que á torrentes salia la lava de amor que abrasaba su divino pecho, dijo :

—Padre mio; el sacrificio empieça, es sacrificio de amor! Recíbelo propicio por la salvacion de los hombres; descarga sobre mí tus justas iras, mas á ellos perdónales el pecado que los aparta de tu seno.

—¿Sacrificio tenemos? ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...—esclamó el vil fariseo al oír la grande y enamorada voz del Cristo.

Y luego sonriendo diabólicamente gritó :

—¡Duro, duro, valientes! Apretad bien la mano y desolladle como si fuera un animal inmundo. Por cada hueso que descarnéis en su cuerpo, por cada pedazo de carne palpitante que mire por tierra, os regalo otra bolsa llena de monedas.

— Podemos arruinarte, aun cuando seas mas rico que Creso :—díjole un soldado, halagado por las promesas del fariseo.

Y este, que como hemos dicho, estaba ébrio por los vapores de su inmenso crimen, con verdadera fiebre respondió:

—¿Qué me importa? Gustoso me arruinaré con tal de poder vengarme á placer. Vosotros no sabeis cuánta ira atesora mi corazon contra ese miserable; vosotros no conocéis cuántas humillaciones me ha hecho tragar, para que ahora deje de volvérselas en tormentos... ¡Oh! qué lástima que no pueda hacerle sufrir eternamente el martirio que mis iras quisieran destinarle!... ¿Y qué me importa arruinarme si me vengo? Vosotrós no conocéis el corazon de los israelitas; vosotros no sabeis lo que es el placer dulcísimo de la venganza!... Duro! — tornó á gritar con mas rabia y mas coraje, — ¡duro, valientes! Desolladle vivo: por cada hueso que los azotes descubran en el cuerpo de ese miserable, por cada jiron de carne palpitante que caiga en

tierra, os daré una bolsa de dinero, que contenga una cantidad igual á la que encierra la que ya guarda el decurion.

Onkelos era una fiera. Su voz ronca parecia un aullido, sus ademanes eran estraños y pavorosos, sus ojos eran del color de la sangre... en ninguna parte estaba quieto, iba de acá para allá como un delirante... estaba ciego, con esa ceguera de los perros aquejados de hidrofobia... Los mismos verdugos no habian visto en su vida cosa igual ni transformacion parecida, y á no hallarse halagados por el dinero que les prometia, á buen seguro que á püntapiés le arrojaran del pretorio. ¡Tal estaria Onkelos, que hasta á los fieros y bárbaros pretorianos de Roma causaba horror!

— ¿No ves, — gritóle un soldado, — no ves que vamos á azotar á tu rey? ¿Tan poco respeto, tan poco cariño te inspira la majestad real, y el que debe ser la gloria de tu nacion?

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Azotar á mi rey! — exclamó Onkelos soltando una carcajada histérica, que tenia mas de convulsion nerviosa que de carcajada: — ¡Mi rey! sí, sí, has dicho bien... Duro con él, valiente, duro con él, porque despues ¡verás tú en cuánto estimo á mi rey, por la magnífica corona que le regalaré.

La sarcástica espresion del pretoriano acababa de suscitar en Onkelos una idea verdaderamente horrible, idea que solo podia brotar de una cabeza como la del fariseo, en un momento de inspiracion infernal.

El discípulo de Hillel volvió de nuevo á su carcajada histérica, mientras que cuatro pretorianos, armados de los instrumentos que ¡mas atrás hemos descrito, y animados por las escitaciones de Onkelos, empezaban á descargar fieros golpes, con toda su fuerza hercúlea, sobre el cuerpo sagrado del divino Redentor, sin tener para nada en cuenta



Y dijo Onkelos sonriendo: — Duro, duro, valientes!...

si las varas y los azotes caian sobre la cabeza, ó sobre las delicadas espaldas, del que habia descendido á la tierra para salvar á todo el linaje humano.

Y á los primeros y fieros golpes que recibió Jesucristo, las divinas carnes se abrieron ya, y las varas y los azotes despedazaban la humanidad del Verbo Eterno, dejando una larga y ancha herida donde quiera que caian los impíos instrumentos del suplicio.

Desde los primeros golpes, Jesucristo experimentó un dolor tan vivo, tan intenso, tan desgarrador como fue posible que su divina humanidad sintiera, y viendo que las fuerzas le faltaban, y sintiendo que su cuerpo se desplomaba, no pudo sostenerse ya, se dejó caer, quedándose tembloroso, suspendido del a cuerda que amarraba fuertemente sus brazos.

No por eso los viles verdugos cesaron de azotarle, sino que sin mirar dónde sus furiosos golpes caian, hendíanle la cabeza, el rostro, el pecho, el vientre, los hombros y las espaldas... Y de todas partes brotaba un raudal de sangre, y en todas partes la carne pendia en jirones del divino cuerpo, y no hubo parte de la humanidad del Verbo, en donde no se descubrieran los nervios y los huesos... Aquel espectáculo era realmente horroroso: los verdugos se cansaban y eran sustituidos por otros verdugos; los golpes eran descargados siempre con la misma saña... y Onkelos no cesaba de animarles siempre.

¿Cuánto tiempo duró esta escena? No se sabe.

Corramos sobre ella un velo, porque al considerarla el cuerpo se espeluzna, el cabello se eriza, y el corazón se oprime de tal manera, que parece intenta dejar de latir.

Por otra parte, la pluma del que escribe estas líneas, es impotente para continuar la descripción de aquel cuadro horrible.

CAPITULO V.

La Corona de Espinas.

Y hubo un momento en que el divino Redentor perdió del todo los sentidos, y parecía que iba á exhalar el último suspiro.

Así lo creyó el jefe de los lictores, que presenciaba aquella escena sangrienta, y como no habia recibido orden mas que para azotar al Cristo, temiendo el enojo de Pilatos, si por acaso el Salvador moria, dando un grito imperativo interpúsose entre los verdugos y la sagrada Víctima, y dijo:

— ¡Basta!

Los soldados bajaron inmediatamente los instrumentos ensangrentados de la flagelacion, y suspendieron aquel atroz martirio, á pesar de las sordas instancias del maldito fariseo, que les animaba para que *rematasen* al Salvador de los hombres.

Los verdugos le enviaron una mirada desdeñosa, y se sonrieron con desprecio sin escucharle.

Onkelos mordióse los secos labios, y con inaudito despecho dijo para sí: